

MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA  
*Fundadora de La Obra de la Iglesia*

Separata del libro:

**“LA IGLESIA Y SU MISTERIO”**

NOTA.- Podría existir algún salto en la numeración por la eliminación de páginas en blanco en esta edición electrónica.

Con licencia del arzobispado de Madrid

© 1991 EDITORIAL ECO DE LA IGLESIA, S.L.

I.S.B.N.: 84-86724-01-5

Depósito Legal: M. 38.253-1991

LA OBRA DE LA IGLESIA

MADRID – 28006

ROMA – 00149

C/. Velázquez, 88

Via Vigna due Torri, 90

Tel. 91. 435 41 45

Tel. 06.551 46 44

E-mail: [informa@laobradelaiglesia.org](mailto:informa@laobradelaiglesia.org)

## **EL GRAN MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN**

La humanidad de Cristo es la Esposa del Verbo, la complacencia y recreo de las tres divinas Personas; creación nueva, en la cual y por la cual, el mismo Dios altísimo, haciéndose Hombre y perdonando la culpa que el hombre había cometido contra la Infinita Santidad, puede manifestarnos los misterios recónditos de su adorable ser, en canción de amor.

¡Cristo mío!, qué matices casi infinitos has puesto en tu humanidad, haciéndote la maravilla que cantas, por tu voz humana, las infinitas perfecciones e incomparables arcanos del misterioso ser de Dios.

Alma de Cristo, en la que el mismo Dios, mirando a su Verbo, plasmó, como nueva creación, por encima de todo lo creado y a lo finito, todas las infinitas perfecciones y matices que, en su simplicísimo ser, Él se es... ¡Qué participación

y transformación la tuya en cada una de las perfecciones infinitas que, en infinitud de matices, rompen, por infinitud de perfecciones, en una sola y simple perfección...!

¡Qué concierto de armonías es la humanidad de mi Cristo!, lira finísima donde el mismo Verbo de la Vida toca su armonía para manifestarse en palabra a los hombres.

¡Oh finura indecible de Cristo...! ¡Oh Canto-Amor de mi Esposo...! ¡Oh concierto armónico del alma del Verbo...!, yo quiero ponerme hoy, atraída por el olor de tus perfumes, a escuchar, en oración íntima y amorosa, tus vibraciones hondas ante tu contacto hipostático con el Verbo, y tu contacto amoroso con el Padre de fecundidad infinita y con el Espíritu Santo, en el cual Tú, oh Verbo Encarnado, te abrasabas y abrasas, en un delirio de amor, en las impetuosas llamas de su ser Persona-Amor en la Trinidad.

Cristo mío, anda, dame la Mirada con que Tú mirabas, y tu misma Palabra, y el fuego del Amor en que te abrasas, para decir yo algo, ¡oh mi Dios Encarnado!, de lo que, como *alma-Iglesia*, descubro en tu alma santísima.

¡Oh creación de la naturaleza humana de mi Cristo...! Toda la Trinidad, en su serse inmutable, está como en un delirio de amor infinito, presurosa y alegre, enjoyando y engalanando, her-

moseando y enriqueciendo aquella criatura que, saliendo de sus manos, tenía que ser la lira finísima por la cual el mismo Verbo de la Vida daría su *sonido* de divinidad a todos los ángeles y a todos los hombres.

Jamás ninguna criatura, hasta entonces, había vibrado y había resonado en una vibración casi infinita la infinitud excelsa del Increado.

¡Qué concierto de perfecciones...! Toda la creación contenida en Cristo; todas las perfecciones creadas, recopiladas en el Verbo Encarnado; y todas las infinitudes del ser del Dios increado, plasmadas participativamente en el alma del que tenía que ser el Verbo de la Vida...

¡Oh maravilla de luz indecible...! Es la Luz increada la que, embistiendo amorosamente por el Espíritu Santo en la humanidad de Cristo, la engalanó y la hizo tan hermosa, ¡tan hermosa!, que el mismo Verbo infinito, no pudiendo contenerse más, ante el impetuoso fuego del Espíritu Santo que le empujaba y del Padre Amor que le enviaba, se une hipostáticamente a aquella criatura que, cual arpa finísima, al unirse al Verbo de la Vida, repercutiendo en ella esta unión íntima y profunda entre Dios y su criatura, tan íntimamente se fundieron, que, en la pulsación infinitamente amorosa de ese encuentro divino, estremeciéndola en el Espíritu Santo, el Verbo del Padre la hizo dar su misma Voz de divinidad por todos los ámbitos del Cielo y hasta los últimos confines de la tierra.

Y así se manifestó, por la naturaleza humana de Cristo, aquel Concierto eterno de finuras indecibles que, en silencio, el Verbo está cantando en un *reventón* de serse infinito y en un silencio inalterable de ser esencialmente simplicísimo y silencioso.

Cristo mío, ¡qué silencio en tu alma, y en qué silencio mi ser tiene que escucharte para captar tus divinas vibraciones...!

— ¡En silencio...! “Llevaré al alma a la soledad y allí hablaré a su corazón”. A la soledad de mi ser, de mi intimidad, de mi participación; a mi soledad, donde, a solas conmigo, al apercibir el *sonido* de mi concierto, vibre con mi mismo vibrar, participando de mi eterna armonía.

¡Oh naturaleza humana de Jesús...! Tan íntima y estrechamente se ha unido a ti el Verbo de la Vida, y tú a Él, en una adaptación como infinita, que sus más imperceptibles vibraciones repercuten en ti; siendo tu vivir y no pudiendo ser otro que el del mismo Dios altísimo, ya que con Dios te has unido hipostáticamente en la persona del Verbo.

Y, perdiéndote en el serse del Ser, entraste por tu contemplación, en el mismo instante de tu unión hipostática, en el silencio armonioso del mismo serse de Dios. Y allí, abismándote en su suavidad virgínea, engolfada y saturada en las corrientes eternas y en la fecundidad simplicísima de su vida, tú, gozando en una participación única, delirante de amor, en la vibración infinita

del Verbo del Padre, te pierdes en las eternas corrientes del seno del Dios altísimo.

¡Qué éxtasis de amor, oh Cristo mío, el de tu alma en el instante mismo de ser creada, que participando casi infinitamente de Dios, en saturación perfecta y anegación total, ve que, por su transformación en el serse de Dios, participa como cosa propia por su desposorio eterno con el Verbo Increado en cada uno de sus atributos y perfecciones...!

¡Qué matrimonio espiritual con el mismo Dios santísimo...! Matrimonio perfecto, en el cual los mutuos bienes se tornan y se retornan como regalo infinito de eternas bodas.

¡Qué gozo para el alma de Cristo que, viviendo del gozoso contento de Dios, vibrando al unísono con las tres divinas Personas en la alegría infinita de su eterna felicidad, participa en una manera eminente de todos y cada uno de los atributos y perfecciones del Infinito Ser...!

¡Oh alma de Cristo, que contemplabas cara a cara la infinitud infinita de la fecundidad del Ser divino...! ¡Qué gozo eterno el tuyo al verte la Esposa del Verbo, y, como tal, teniendo en plenitud y saturación, como cosa tuya propia, los tesoros inagotables de tu eterno Consorte...!

¡Con qué alegría, en el mismo instante de ser creada, oírías del Verbo aquellas palabras que, grabándose en ti, obraban lo que decían en un decirse eterno, como donación de Esposo en regalo de boda, palabras que te sabían a vida

eterna: “Todos mis bienes son tuyos, y los tuyos, que Yo te he dado, son míos...”!

¡Y cuál no sería tu contento al ver que este decir, por ser el decir del Verbo, era participación del mismo serse de Dios que, en su pronunciarse, se te daba, ya que el decir de Dios es obrar...!

Y en aquel mismo instante, arrebatada en el ímpetu amoroso de las corrientes eternas, te hundiste con las divinas pupilas, en la misma mirada de tu Persona, en la contemplación del ser divino, que, como regalo de tus desposorios, el Verbo infinito te daba en posesión: su mismo serse eterno, que, en infinitud de atributos y perfecciones, rompe en infinitudes de matices que son una sola perfección. Y abismada y gozosa, delirante de amor, corrías, abrasada en las impetuosas llamas del Espíritu Santo, por los más recónditos y arcanos misteriosos del glorioso ser divino.

¡Qué éxtasis de amor el tuyo!, que, como criatura y a pesar de ser criatura, te paseabas saturándote como señora de tus posesiones, siendo reina de ángeles y de hombres... Y allí te veías que tú eras amor del mismo Amor, por justicia, participando de la misma Justicia que se te derramaba amorosamente.

Y creada para ser la Esposa única del Verbo, al verte transformada en todos los atributos del Dios increado, saltabas de gozo en el Espíritu Santo con la participación del serse eterno; viéndote finura de su misma finura y gozando de la

alteza del Dios intocable, saturándote en el silencio, en la alegría, en la bondad... Y en ese decirse del Verbo en ti, tú te sentías palabra fecunda, que cantabas y expresabas el decirse eterno del Verbo en tu ser.

Alma de Cristo, Esposa de la segunda Persona de la adorable Trinidad, ¡desde el primer instante de tu ser contemplabas la vida divina! ¡No hay velos para el alma del Verbo Encarnado! ¡No hay velos para que Tú, Esposo mío, contemples las excelencias infinitas de tu misma Persona! ¡No hay velos para la humanidad de Cristo, por la cual y mediante su desposorio hipostático, se rasgaría el velo del seno del Padre para que todos los hombres, pasada la prueba, pudiéramos entrar en ese seno adorable que tú, por tu unión hipostática, nos abrirías! ¡No hay velos para la Esposa del Verbo Encarnado, porque, en la Mirada infinita del fecundo Padre, desde el primer instante de su ser, intuía, se saturaba, se profundizaba y penetraba en los arcanos misteriosos del ser de Dios!

La mirada de Cristo, perdida en la Mirada del Padre, contemplaba en su mirar el Ser infinito de su serse glorioso. ¡Qué transportes de amor al saborear, en ese solo mirar eterno del Padre fecundo, las riquezas interminables e insospechadas de las excelencias del ser divino...! ¡Cómo,

abismada en la contemplación excelsa de Dios, romperías en un ¡Santo! eterno, y cómo, en esa mirada, te perderías en un éxtasis ininterrumpido de amor y saturación suprema en el seno de la Trinidad...!

¿Cómo podrán mis labios humanos expresar tu éxtasis eterno ante la contemplación de Dios? ¿Cómo podré expresar con mis rudas palabras los arcanos misteriosos y las honduras insondables en las cuales tu limpia y penetrante mirada se hundía? ¿Cómo podré yo decir, en mi decir limitado y finito, oh humanidad de Cristo, tu decir, como fruto de tu contemplación, en tu misma Persona?

¡Dite Tú, oh Verbo de la Vida, en mi ser de virgen enamorada, para yo poder decir algo del gozo casi infinito que saturaba tu alma!

El mismo Padre, que no tiene ninguna complacencia fuera de su Verbo, te ha regalado en posesión eterna y en donación total, el día de tus bodas, su misma Mirada, con la cual tú, como cosa tuya, puedes contemplar sin velos su misma hermosura infinita.

También te ha dado su mismo serse eterno para que tú lo poseas también; y en su mismo serse, has recibido como regalo el mismo ser de Dios por participación.

Y por si era poco, como regalo de bodas, te ha dado el Dios altísimo que los hombres sean, en ti y por ti, “Dioses e hijos todos del Altísimo”.

¡Día de la Encarnación...! Día de regalos, de fiestas, de bodas eternas entre el Creador y la criatura...

El Creador regala a su criatura tan infinitamente, que ésta, delirante de amor, rompiendo por su misma Persona en un Cántico infinito, canta el Cántico nuevo, el Cántico magno, en un jubiloso grito de participación; y, en este Canto, le dice al Padre todo lo glorioso, lo infinito, lo fecundo y lo Padre que se es.

Naturaleza humana de Cristo, perdida, abismada, regalada y enjoyada por toda la complacencia del Dios altísimo que amorosamente se vuelca sobre ti, ¿qué pensarías al verte así enaltecida? ¡Qué júbilo-amor te traspasaría en las letificantes llamas del Espíritu Santo...! ¡Cómo, ante la impotencia de tu limitado ser, en participación del serse infinito, pondrías tu boca en la boca del Verbo, para reventar infinitamente en un Cántico de amor y de alabanza al Ser divino...! Sí, ¡cómo, abrazada y unida hipostáticamente al Verbo infinito, valiéndote de tu Persona, reventarías, cantando de amor, en una explosión gloriosa; desahogarías toda tu exigencia de cantar a Dios, y descansarías al ver que, en tu misma Persona, le cantabas infinitamente, le cantabas el Cántico nuevo, el Cántico magno que solamente Dios puede cantarse...!

¡Cristo mío, cantas al Padre en tu Persona la Canción infinita de serse glorioso que Él sólo puede cantarse en su Verbo!

¡Qué abrazo el de la humanidad de Cristo con el Verbo de la Vida...! ¡Qué coloquios de amor en desposorio eterno, abrasada en las impetuosas llamas del Espíritu Santo que la envolvían, la saturaban y unían al Verbo, su Esposo...!

¡Cómo delirante de alegría, adherida a todos los movimientos del Verbo, no tendrías más vivir que su vivir, y por exigencia de tu unión con Él, no podías hacer otra cosa que la que Él hacía...! Y, como fruto de tu contemplación con el Padre y de tu canción con el Verbo, abrasada en las impetuosas llamas del Espíritu Santo, tú reventabas en el Verbo, cantándole al Padre, y el Verbo reventaba a través de ti cantándole a los hombres. Y no sólo Tú, Cristo mío, le cantas siendo Hombre a Dios como el mismo Dios, sino que cantas infinitamente, como Dios, a los hombres.

¡Cristo mío...! ¡Puente único por donde los hombres van a Dios y por donde Dios se da a los hombres...! [...]

¡Ya tiene Dios, sí, ya tiene Dios un Hombre que, siendo Hombre, es Dios...!

¡Ya tiene Dios un Hombre que, siendo Dios, es Hombre...!

¡Ya tiene el Cielo un Hombre que es el Verbo de la Vida...!

¡Ya tiene la tierra, en un Hombre, al Verbo del Padre...! [...]

¡Oh, el momento de la Encarnación...! ¡Veo al

Hombre siendo Dios y a Dios siendo Hombre...!  
¡Y no lo puedo explicar...!

¡Veó la diferencia total de las dos naturalezas...!  
¡y la unión de las dos naturalezas en una sola  
Persona...! [...]; a Dios siendo Dios, separado a  
una distancia infinita de la naturaleza humana de  
Cristo... Y que por su unión hipostática, íntima,  
Cristo es Dios... ¡Y no lo puedo explicar! [...]

Señor, anonadada y translimitada mi capaci-  
dad, ante tu infinitud y lo que me queda sin  
comprender, abrasada con el Espíritu Santo por  
haber penetrado con la mirada del Padre, y por  
mi participación con el Verbo, como expresión  
de esta misma mirada, en la gran realidad de mi  
Cristo, ¡te adoro!

El Verbo está cantando en el Cielo su Canción  
infinita, que Él, como Verbo, canta eternamente.  
¡Ya el Verbo Encarnado, *reventón* expresivo del  
ser de Dios, está cantando la Canción infinita a  
los hombres...!

¡Qué gozo, qué alegría y qué contento, el ver  
que Cristo canta la Canción infinita que sólo Dios  
puede cantarse, y se la canta a Dios y a los  
hombres...!

¡Oh misterio terrible de la Encarnación...! ¡Oh  
misterio de complacencia de Dios para con el  
hombre...! ¡Oh misterio de amor del Creador para  
la criatura...! ¡Oh, misterio de regalo infinito con

que el mismo Dios altísimo regala al hombre por Cristo, desde María, su misma divinidad...!

Cristo mío, ¡qué terrible eres...! ¡Cómo te veo...! ¡Yo te adoro, porque eres el Increado por tu Persona divina, creado en tu naturaleza humana...! ¡Dios-Hombre...! ¡Hombre-Dios...! ¡Misterio de la Encarnación...! [...]

Jesús, filigrana del Amor Infinito... ¡Oh, Verbo mío Encarnado!, dame tu Palabra para yo piroparte adecuadamente. ¡Tú eres mi Cristo y eres mi Verbo y eres mi Dios...! Dátame Tú a mí, en tu serte Dios-Hombre, para yo poderte decir en tu Palabra y amarte en tu Persona.

El Padre, el Verbo y el Espíritu Santo se están derramando complacidamente sobre la humanidad de Cristo en un beso infinito, que están depositando en ella por el mismo Espíritu Santo.

¡Qué terrible es el misterio de la unión de Dios con el hombre en el seno de María...!

¡Cómo aman las tres divinas Personas a la naturaleza humana de Cristo...! El Padre se está derramando impetuosamente sobre ella en la corriente divina de su Mirada eterna. El Verbo, Imagen perfecta del Padre, Expresión máxima de la divina Sabiduría, se ha incrustado en ella en una unión hipostática indecible, haciéndola Esposa amada y única de su serse Palabra. Y el Espíritu Santo, saliendo presuroso y dichoso de la com-

placencia del Padre amorosa y paternal que se vuelca sobre ella, y del Verbo desposado con ella, se lanza enamorado y cautivado por la hermosura de su rostro, besándola en el infinito Beso de unión trinitaria, y abrasándola en sus impetuosas llamas.

¡Oh humanidad de Cristo, que eres la humanidad del Verbo Encarnado...! ¡Cómo te veo metida en la vida de la Trinidad...! Eres el reflejo perfecto del mismo Dios altísimo, espejo immaculado donde se miran y recrean las tres divinas Personas.

Cristo mío, te veo metido en la Familia Divina, porque, a pesar de verte a una distancia infinita de la Deidad en tu naturaleza humana, por tu Persona eres Dios.

Espíritu Santo, abrasa, abrasa el alma del Verbo de la Vida... Espíritu Santo, pero mira que es criatura, y si la abrasas en el impetuoso fuego con que la amas, la reducirías a la nada. ¡Pero no!, que su Esposo, el Verbo de la Vida, la sostiene para que Tú puedas descargar sobre ella el ímpetu infinito de tu amor.

Espíritu Santo, pero mira que es pequeña, y si te siente venir en tu corriente infinita y eterna para abalanzarte sobre ella, al contemplarte, temblará ante la majestad soberana de tu ser glorioso. ¡Pero no!, que es el mismo Padre amoroso con sus entrañas paternas el que le da su Mirada para que te contemple, y la ampara bajo la sombra de sus alas; haciéndola fuerte con su misma

fortaleza el que es Rey de reyes y Señor de los que dominan.

Espíritu Santo, ¡pero si Tú eres Amor amoroso y en tus mismas rodillas la meces, acariciándola, festejándola y besándola, en el mismo beso de ternura infinita con que besas al Padre, al Hijo y te besas a ti mismo en tu seno, en tu serte Amor fecundo y glorioso...!

Alma de Cristo, ¡cómo tú, al verte así mimada y querida, escogida y festejada en el regazo de la adorable Trinidad, saltarías de gozo, de amor, de agradecimiento, de anonadación, de contento, ante el Dios infinito que tan amorosamente se derramaba sobre ti...!

¡Cómo tú, que contemplabas con el Padre, y participabas y te engolfabas en las corrientes infinitas de su serse eterno, prorrumpirías en un grito de transformación cantando las excelencias incomprensibles e incognoscibles para nosotros, pero conocidas por ti en un gozo eterno...!

Y ¡cómo tú, abrasada en las impetuosas llamas del Espíritu Santo, correrías del seno del Padre al seno del Verbo, besando con su misma Boca el pecho del Altísimo...!

Y, hecha una cosa con el Verbo, que es tu Persona, metida en el seno del Padre, allí dentro intuirías secretos sorprendentes e incomprensibles de su paternidad, que ni los mismos ángeles ni

hombre alguno podrán nunca llegar a intuir, por su capacidad de distancia casi infinita a la tuya... Y allí, intuyendo con la Mirada del Padre, te hundirías en los arcanos silenciosos de su serse silencio; y, letificante de amor, correrías del seno del Padre al seno de tu misma Persona, cantando, por participación, en transformación gloriosa del ser divino.

¡Oh, Cristo mío! ¿cuál sería tu anonadamiento ante la misión para la que Dios te escogía de ser el Pregonero del Amor eterno...?

Jesús, mi Verbo Encarnado, hoy te amo más porque te conozco más, y ante mi conocimiento y amor, lo que me queda por conocer, lo adoro.

Jesús, capacidad infinita en tu Persona divina y capacidad limitada en tu naturaleza humana, ¡cómo al verte participando, en tu naturaleza humana, de la vida de la Trinidad de esa manera tan eminente y tan regalada, tu capacidad finita de Hombre, amando, conociendo y expresando la misma vida de la Trinidad, rompería en un éxtasis ante el Dios increado, por exigencia de su misma contemplación gloriosa, en adoración profunda de tu naturaleza humana, ante tu naturaleza divina...!

Tu naturaleza humana, pequeña, caería anonadada bajo el peso terrible del conocimiento y amor de Dios, adorando como fruto de su contemplación amorosa y rompiendo en un: ¡Santo! eterno.

Por exigencia de ser tú criatura ante el Increado, y estando repleto en tu capacidad creada, saturado y apretado del Dios altísimo, excediendo infinitamente el Dios increado a tu ser creado, rompías en una adoración eterna de anonadación amorosa; y adorabas todo aquello que, por serse Dios el Ser Infinito, te quedaba sin abarcar.

La adoración es el éxtasis del amor. Cuando el amor ha llenado su límite y ya no puede más, adora. Al ser Dios infinito y exceder la capacidad del amante, éste, desfallecido de amor, anonadado y desplomado por la llenura de su ser ante el Infinito, cae adorante y adora lo que le queda trascendiendo.

Y el alma de Cristo, de mi Esposo, de mi Jesús, metida y engolfada, alegre y contenta, perdida y abismada, letificante de amor ante el Dios increado, contempla, expresa y ama según su capacidad casi infinita, y adora lo que le queda por conocer, expresar y amar.

Así que la vida de Cristo sobre la tierra fue un conocer, recibir, responder, expresar y amar a Dios, y un adorarlo en lo que lo conocía y en lo que le quedaba por conocer.

Y como fruto de esta vida, puesto cara a cara frente a Dios y cara a cara frente a los hombres, expresaba en el Cielo, como Hombre, a Dios; y como fruto de su contemplación en amor glo-

rioso, como consecuencia inmediata de ese conocimiento, expresión y amor, vuelto hacia los hombres, rompía en expresión hacia ellos; retornándose con todos al Padre en respuesta de adoración gloriosa y reparadora, que en Él era infinita por ser su Persona la segunda de la adorable Trinidad.

Ya está Jesús, por la unión hipostática de las dos naturalezas, siéndose el Verbo de la Vida Encarnado, cantando a Dios, y, haciendo lo mismo que hace en el Cielo, cantando a los hombres. Porque no es que Jesús cantara una canción a Dios y otra a los hombres, no; sino que Él, como Persona, por su boca le dice a Dios infinitamente lo mismo que a los hombres, pues por no tener Jesús más persona que la del Verbo, que es el Cantor infinito en el Cielo y en la tierra, el mismo Canto y la misma Expresión que Él se es al Padre, repercutiendo en su humanidad, lo es a los hombres.

El Verbo, Palabra infinita del Padre, coge a su naturaleza humana como tornavoz para seguir cantando a Dios en el Hombre y cantar al hombre, como Dios, su vida eterna. Canción que Él dejó depositada en el seno de la Iglesia, por María, para prolongar su misión de decirnos su vida durante todos los siglos; canción que la Iglesia, unida a Cristo, en su liturgia, vuelta hacia el Padre, le canta durante todos los tiempos; siendo la Iglesia la que continúa el cántico de Cristo a Dios y a las almas.

Gracias, Señor, por haberme enseñado hoy el misterio de la Encarnación desde el seno de María, y así haber conocido las grandezas de Cristo y las grandezas de la maternidad de María ¡tan desconocidas!

¡Gracias, Madre, por haberme acurrucado en tu regazo y sostenido con tu maternidad para que no muriera al contemplar el gran misterio de la Encarnación!